

— El señor Lebreton murió hace unos seis meses... Fué gran pérdida para la parroquia... Era muy caritativo.

La conversación languidecía. Francisco se levantó y, tratando de conquistar las simpatías del presbítero, antes de despedirse, se quedó contemplando la biblioteca y pidió licencia para acudir á ella alguna que otra vez.

— ¡Oh! — contestó el Párroco, con modestia intencionada. — Sólo poseo los libros que pueden servirme para el ejercicio de mi ministerio... No hay libros de lectura profana... No obstante — añadió, con leve sonrisa cortésmente irónica — si es usted aficionado, aquí tengo la colección de obras de los Padres griegos y latinos; gustosamente se la ofrezco.

Dicho esto acompañó á su visitante hasta el vestíbulo, y lo despidió con un saludo ceremonioso.

Francisco Pommeret, algo desconcertado, se dirigió á visitar á la Administradora de Correos, cuya casa, enalada y limpia, formaba el ángulo de la plaza de la iglesia.

Penetró en el oscuro pasillo destinado al servicio público, buscó inútilmente la campanilla y, al cabo, se decidió á coger á tientas el picaporte

de una puerta, tras de la cual oía ruido de utensilios de cocina. La puerta cedió bruscamente y se abrió de par en par.

— ¡ Ya estás aquí? — gritó una voz femenina. — Cierra pronto, querida, no vayan á entrar los gatos.

Luego, de repente, advirtiendo la equivocación, la misma voz lanzó una exclamación sofocada y se deshizo en excusas mientras Francisco se daba á conocer.

La habitación, mal alumbrada por una ventana estrecha, estaba ya medio á oscuras. Lanzando un vistazo rápido á las paredes y á los muebles, el guarda-general comprendió que se había entrado en la cocina-comedor. La mesa, con mantel de hule, colocada en el centro, estaba cubierta de vajilla; sobre las brasas de la chimenea, un trozo de carne cocía en una cacerola, llenando la estancia de chirreos y olores de grasa que se quema. Una joven, de pie ante la lumbre, miraba al visitante con gesto despavorido y murmuraba frases incoherentes. A juzgar por lo que permitía ver la escasa luz que penetraba por la ventana, la joven tendría unos veinte y cinco años y vestía con muchísimo descuido: falda negra y chambra de lana gris, dejando ver el cuello bastante blanco y los

brazos desnudos hasta el codo. Del rostro, que recibía la luz por detrás, sólo distinguía Francisco contornos redondeados y los ojos, chiquitines y brillantados por el resplandor de las brasas.

— Estoy verdaderamente confusa — repetía la joven — mi hermana se marchó al Rosario y yo me quedé en casa para preparar la comida... Pero, hágame usted el obsequio de sentarse, caballero, y dispénseme que le reciba aquí.

Francisco contestó pidiendo mil perdones, é hizo ademán de retirarse, lamentando no haber tenido el gusto de saludar á la Administradora.

— Le aseguro á usted que ya no tardará en volver — afirmó la joven, luchando visiblemente entre el disgusto de mostrarse « de trapillo » y el deseo de conocer al nuevo guarda-general.

Éste se decidió á aceptar la silla que se le ofrecía y se sentó frente á la cacerola que seguía chirriando estrepitosamente, hasta el extremo de ahogar, en ocasiones, las voces de los interlocutores. Este ruido aumentaba más y más la confusión de la azorada cocinera; la desconcertaba muchísimo recibir á un extraño de un modo tan poco ceremonioso, pero no se atrevía á hacerle pasar á la sala de respeto, en la que no había calefacción y se hallaban cerradas las ventanas, por lo cua

hubiera sido necesario encender las luces, exhibiéndose en pleno desaliño cocinero. Para disimular la turbación que sentía, charlaba con volubilidad nerviosa, formulando preguntas y contestándolas seguidamente.

— ¿ Lleva usted poco tiempo en Auberive, caballero? ¿ Una semana, nada más... según creo?... ¿ Qué le parece esta tierra? No muy alegre de seguro... Una madriguera, en la que no hay con quien tratar...

— Sin embargo — objetó Francisco — me han hablado de la casa de la señora de Lebreton...

— ¿ La Mancienne? ¡ Oh! Ya no hay allí la animación que hubo... La muerte del señor Lebreton lo cambió todo.

— Según parece, su viuda está inconsolable.

— Inconsolable es mucho decir — replicó la hermana de la Administradora, — el difunto era mayor que ella, y tenía el carácter muy brusco... No creo que la viuda lo haya sentido muchísimo.

— ¿ Es joven esa señora?

— Joven... ¡ hasta cierto punto! Treinta y cuatro años, por lo menos.

— ¡ Vamos! No es precisamente la decrepitud — observó Francisco, riendo — y aun puede volver á casarse.

— Sin duda ; pero se me antoja que no lo hará. No tiene hijos, pero ha adoptado á una huerfanita, de la cual se prendó y á la que está educando en el Sagrado Corazón. De cualquier modo, si contrae segundas nupcias, no será en Auberive, y, sea como fuere, no volverá á recibir en la Mancienne. La señora de Lebretón le ha tomado antipatía á este pueblo y se pasa casi todo el año en Dijón.

La Administradora no volvía ; la cacerola ya no chirriaba, pero se percibía un olorillo á pegado que parecía inquietar á la joven ; evidentemente se quemaba la carne, y no se atrevía á darle vuelta delante del forastero. Se distraía de la conversación y no quitaba la vista de la tapadera ; al fin, acabó por empujarla discretamente con el pie ; cayó la tapa de la cacerola y de nuevo sonó el chisporroteo de la grasa hirviente. Dos canarios se despertaron sobresaltados en sus jaulas, y principiaron á cantar á más y mejor, cual si intentaran demostrar que eran capaces de producir más ruido que un trozo de vaca al guisarse. Francisco Pommeret, impacientado y temeroso de tener que prolongar la visita si á la Administradora se le ocurría volver, se levantó bruscamente y se despidió. Apenas había cerrado la puerta

cuando oyó á la joven precipitarse desesperadamente hacia el guiso medio achicharrado.

Al salir á la calle, respiró á plenos pulmones el aire húmedo ; sentía oprimido el pecho y experimentaba una especie de embotamiento general, como si el ambiente confinado de aquellas viviendas rurales y el run-run monótono de las frases vulgares y sin interés que se cambiaban, le produjesen en el cerebro el efecto de un narcótico estupefaciente.

Declinaba la tarde ; la bruma gris del vespertino crepúsculo descendía envolviendo las copas de los árboles del bosque y los negruzcos techos de las casas del pueblo, y acentuaba con su melancolía el malestar moral del joven Pommeret. Las campanas habían reanudado su tañir tristón, coreado, nuevamente, por los gañidos quejumbrosos de los perros del tendero.

— ¡ Y en esta atmósfera estoy condenado á vegetar tres años lo menos, y acaso hasta cinco ! — se decía el guarda-general, bajando por el arrecife que conduce al paseo de *Entre dos aguas*, — Positivamente saldré de aquí loco ó idiota.

Así pensando, caminaba bajo las ramas musgosas de los vetustos tilos del paseo. A derecha é izquierda, los dos brazos del Aube que limitan



MONTARAZ, N. L.

el arrecife, fulguraban sollozando dulcemente sobre su cauce pedregoso; el cielo, teñido de ese color rojo asalmonado de los crepúsculos de invierno, se reflejaba en el agua corriente, y Francisco Pommeret evocaba con pena el recuerdo de las alegres tardes de los domingos que antaño pasó en los *Viveros* de Nancy, en compañía de los camaradas de promoción, escuchando á la banda militar ejecutar valsos de Metra al amparo de la arboleda añosa, y viendo á lindas señoras y señoritas arrastrar las frufutantes faldas á lo largo de las sendas y alrededor de los macizos.

Le faltaba hacer la visita al castillo de la Mancienne. Después de lo que había oído en casa del Párroco y en la Administración de Correos, acariciaba pocas probabilidades de ser recibido por la dueña de la casa; á pesar de ello, se consideró obligado á dejar tarjeta.

Al final del paseo distinguió los muros y el gran cancel de la Mancienne. A través de las volutas y de los óvalos de hierro forjado, veía el castillo con su doble escalinata, su blanca fachada, sus balcones con las vidrieras empurpuradas por el reflejo crepuscular, y su parque lleno de silentes umbrías. Empujó una puertecilla entreabierta y

avanzó, después de haber agitado una campana cuyos sonidos hicieron acudir á la portera.

— No, señor — contestó á la pregunta del visitante; — la señora se halla ausente. Está en Dijón.. No le agrada pasar aquí el invierno; le teme demasiado; no volverá hasta después de Pascua Florida.

Mientras hablaba la portera, los ojos de Francisco seguían curiosamente las sendas enarenadas y curvas que se perdían en la sombra de los macizos, y reaparecían á lo lejos amarilleantes entre la verdura de las glorietas.

— ¿ Puedo pasear un momento por el jardín ? — preguntó.

— Sí, señor.. La señora siempre ha dado permiso para que entren los domingos todas las personas de la localidad. Pasee usted cuanto guste.

Francisco Pommeret hizo uso de la autorización, y, dando la vuelta á la casa-habitación, siguió lentamente el zigzageo de los senderos que ya iban á perderse bajo la obscuridad del ramaje de los abetos, ya se prolongaban abiertamente á plena luz.

El parque, rodeado de muros, ocupaba la parte baja de las dos vertientes del angosto valle. El

riachuelo, dividido en una veintena de arroyos susurrantes, se esparcía en el parque, espejeando entre el césped, brincando sobre los guijarros, ocultándose bajo los puentes rústicos y surgiendo, en la lejanía, entre dos franjas de rosales sin verdor. Grupos de abedules y argentados pinos destacaban sus siluetas finas ó enérgicas. En lontananza, entre los árboles sin hojas, se divisaba la fachada posterior del castillo, con la techumbre de azuladas pizarras, las persianas corridas y la escalinata solitaria, amparada por una marquesina de cristales. Todo, en conjunto, ofrecía aspecto de amplitud y de opulencia grato á la vista.

En este ambiente de tranquilidad y de riqueza, Francisco Pommeret sentíase revivir ; sus pulmones funcionaban más libremente ; le parecía que respiraba bocanadas de lujo y de bienestar. Se había sentado en un banco de madera, al pie de unos plátanos ; contemplaba con satisfacción melancólica los árboles centenarios, los bruñidos y murmurantes arroyuelos, los cuadros y perfiles del césped aterciopelado y los linderos de los empinados bosques de Montavoir, sobre los cuales asomaba la luna. Solo, en el parque adormecido, gozabase construyendo fantásticos castillos en el aire, y poblándolos de quimeras sonrientes.

El ruido lejano de los zuecos de la portera sobre las losas del patio de entrada, lo arrancó de repente de su ensueño. Advirtió, entonces, que ya era de noche, y, lentamente, como á disgusto, abandonó la Mancienne para emprender el camino de su aburrido albergue.